

decesor probó á hacerlo con él cierto Antistio, y lo sitió en Apamea. Rodeada por el Oronte y un gran lago, esta ciudad era inexpugnable, y careciendo de fuerzas los adversarios para vencerse uno á otro, llamaron á un jefe árabe de las inmediaciones, acostumbrado á vender sus servicios al que mejor los pagaba, y á ayudar á los partos en sus invasiones en la provincia haciendo su negocio en medio del desorden. Acudió á una conferencia entre la ciudad y las legiones, propuso sus condiciones y fijó su precio, que sólo Baso fué bastante rico para pagar. Seguro del árabe llamó otra vez á los partos. ¡Cuán necesario era que Roma recobrara su fuerza!

Mientras se resolvía la querrela en Filipos entre la república y el imperio, hubieron de conquistar los partos toda la Siria: únicamente Tiro pudo librarse de esta dominación, habiéndose alzado tiranos en todas las ciudades. Los tenientes de Antonio pusieron allí algún orden, sin llevar mucha unidad al gobierno de aquella provincia, donde han de subsistir por mucho tiempo aún multitud de tiranuelos.

Sin embargo, en cuanto se consolide la paz, renacerá la prosperidad en una región tan bien situada entre el Eufrate



Moneda de Tiro (1)



Antíoco Epifanes (2)

tes y el mar de Chipre, donde las ramificaciones del Tauro y del Líbano forman deliciosos valles, y si por una parte toca al desierto, por otra tiene fértiles llanuras, que se encuentran siempre al pie de las montañas. Es la puerta del Oriente; todo pasará por la rica ciudad de Antioquia, que Pompeyo dejó libre, y por su puerto de Seleucia. Dentro de algunos años podrá decir Estrabón que es tan grande como Alejandría. Pero no se extirpará el bandolerismo de los montañeses y de los árabes en el interior del país ni aun en el valle del Oronte: Calcis, el filarca de Emesa y los habitantes de Damasco, podrán á veces atajarlos, pero destruirlos nunca, porque el calcáreo poroso de las rocas del Anti-Líbano, abierto por todas partes en profundas cavernas, les ofrecerá seguros albergues. Cerca de Damasco había una, donde se ocultaban desahogadamente hasta cuatro mil hombres.

Los enemigos más temibles para los sirios eran siempre los partos. César había prometido librar á la provincia de tal inquietud, y Augusto cumplirá esta promesa de una manera menos heroica, pero acaso más segura.

La costa de Fenicia, que Estrabón prolonga hasta Pelusio, había sufrido menos de lo que se dice en la famosa rivalidad de Alejandría. Arado y Tiro tenían siempre una población superabundante, que se veía obligada á construir casas de seis, siete y hasta ocho pisos; y la púrpura tiria, célebre en todo el imperio, alimentaba una industria cada día más rica.

Lo que los griegos habían minado sordamente no era pues el comercio ni la industria de sus antiguos rivales, sino

(1) ΤΥΡΟΥ ΙΕΡΑΣ ΚΑΙ ΑΣΥΟΥ, es decir: Tiro, ciudad santa y lugar de asilo. Águila y palma; en el campo, porra, AK y DK. Moneda de plata.

(2) Cabeza diademada del rey Antíoco Epifanes; moneda de plata.

su lengua y su civilización. No se encontraban ya fenicios en Tiro ni en Sidón; en cambio, había muchos astrónomos y matemáticos, retóricos y filósofos, escuelas, en fin, donde se enseñaban todos los ramos del saber humano. Hasta de Ascalón y de Gadara salían Filodemo, el epicúreo, Menipo, el satírico, y Teodoro el retórico. Las categorías de Aristóteles y las ideas de Platón borrraban en aquellas ciudades de los patriarcas el recuerdo de las leyendas bíblicas.

V. — PROVINCIAS DE AFRICA.

Egipto.—La Palestina, constituida ya en reino, nos ocupará más tarde: llegamos pues á Egipto, la madre de las naciones.

El 15 de agosto del año 30 antes de nuestra era se extinguía la raza de los Lagidas, después de haber reinado cerca de tres siglos, primero con esplendor, después con flaqueza y oprobio. Habiendo caído, como todos los Estados de Oriente, en aquella semi-servidumbre en que el senado quería tener á las más poderosas monarquías, Egipto no se pertenecía ya desde el día en que bastó para salvarlo que un embajador romano extendiera su varita mágica entre él y el ejército de Antíoco Epifanes. Hacía de esto cerca de siglo y medio; pero los romanos gustaban de ver morir lentamente: en el anfiteatro hubieran hecho pedazos al gladiador que hubiera acabado demasiado pronto. Egipto vivió pues en medio de las guerras civiles y de los incestos, de las exacciones y de los asesinatos, viendo á sus reyes alternativamente perseguidores y víctimas, sin cuidarse más que de recoger oro, con que compraban en Roma algún tribuno ó cónsul.

La historia de este grande imperio había venido á ser la de las revoluciones de palacio, y en sus últimos días, no tuvo que apuntar más hechos que las célebres aventuras de aquella reina, tan apasionada como ambiciosa, que con su gracia y su ingenio, su loco abandono á los placeres y su muerte trágica, distrajo momentáneamente de la triste y sangrienta historia del segundo triunvirato.

El amor de César absuelve á Cleopatra de su pasión por Antonio, que no fué más que un cálculo necesario. Si la mujer fué débil, la reina fué grande, grande á lo menos á la manera de Oriente, es decir, fastuosa y cruel, pero hábil, y altiva hasta en la muerte. Con ella descendió al sepulcro el viejo Egipto. Había adoptado á sus reyes macedonios é inscrito sus nombres al lado de los de sus antiguas dinastías. Pero las palabras de Ezequiel van á cumplirse ahora y Egipto no tendrá ya más que dominadores extranjeros: *et dux de terra Aegypti non erit amplius.*

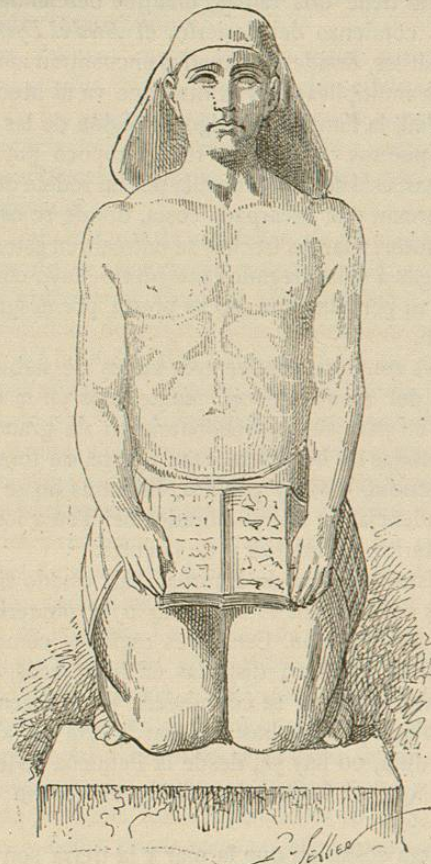
Una sociedad, amoldada en cierto modo al suelo que ocupa, es fuerte contra el tiempo y los hombres. Difícil es encontrar un gobierno peor que los últimos Tolomeos; sin embargo, Egipto prosperaba, á pesar de las continuas turbulencias y los asesinatos periódicos de Alejandría: aun era la tierra cantada por Teócrito, porque el suelo era allí siempre fecundo, innumerables las ciudades y benéfico el río. Era también la gran vía del comercio indio y como la fortaleza desde donde se podía tener en amago y en respeto al Africa y á la Arabia.

Tantas ventajas atraieron la clara mirada de Octavio, el cual tomó todas las medidas que pudo sugerirle la prudencia para impedir una sublevación en una comarca tan bien constituida para una vida aparte, y tan bien defendida contra las agresiones exteriores por el desierto que la envuelve, y por la inhospitalaria costa que la limita.

Cambises había degollado á los sacerdotes y profanado los monumentos; política que tuvo las consecuencias que

necesariamente debió tener: Egipto, bajo el cetro de los persas, estuvo en revolución casi continua. Octavio todo lo respetó: la religión, la lengua, los usos y costumbres del pueblo. Si rehusó desviarse de su camino para ver el buey Apis, observó á lo menos, como César, los ritos acostumbrados en los templos, donde permitió á los sacerdotes interesados en ofrecer á sus dioses un devoto en el vencedor, representarlo haciendo una ofrenda á Horo.

Cuando visitó el sepulcro de Alejandro, se le quiso enseñar también el de los Tolomeos: «He venido á ver un rey, no muertos,» fué su contestación y la única venganza contra la memoria de aquellos, cuyo lugar tomaba. Ya lo veremos gobernar como ellos, pero sin tumultos, con más orden y



Sacerdote egipcio (1)

previsión. Desde su llegada, los soldados que habían vencido á Antonio se ocuparon en limpiar los canales cegados por el Nilo. Está era la buena política para Egipto, donde estos trabajos regularizaban la inundación del río, y para Roma que había de surtirle de los trigos egipcios.

Egipto tenía siete millones de hombres y grandes riquezas, y Octavio no quiso confiar tantas fuerzas, sino á personajes oscuros, á simples caballeros que no siendo nada, sino por él, no pudieran hacer nada tampoco contra él: ni siquiera les dió las insignias de los gobernadores ordinarios. Eran meros agentes que enviaba á administrar una de sus granjas y cuyas cuentas revisaba él mismo. Considerado Egipto como dominio de los emperadores, no se contaba entre las provincias, y sus rentas, en vez de ingresar en las arcas del tesoro público, alimentaban la fortuna ó hacienda particular. Una legión en Alejandría, dos en las inmediaciones, nueve cohortes y tres escuadrones imponían respeto y obediencia á aquellas poblaciones dóciles de suyo. Y para no temer que algún ambicioso personaje sobornara este ejército, prohibió á todo senador y á todo caballero de

(1) Museo del Louvre (Clarac, *Noticia* etc., n.º 360.

ilustre nacimiento aproximarse al Nilo sin expresa autorización suya. Con esto, nadie pudo ya, á no ser un negociante vulgar ó un viajero sin nombre, visitar la tierra de las maravillas. Y mientras toda la Galia entraba rápidamente en la ciudadanía romana, mientras los jefes de sus nobles familias tenían asiento en el Capitolio, tendrán que pasar doscientos treinta años antes que un egipcio pueda vestir la laticlavia senatorial. Hasta Septimio Severo, ni siquiera tendrá Alejandría el senado, que tenían las más humildes ciudades.

Estaban justificadas todas estas precauciones con la riqueza, la posición y organización social de Egipto. Las ciudades de la Grecia y del Asia, las poblaciones de Galia y de España vivían aisladas, y un conspirador indígena ó un aventurero político difícilmente las hubiera reunido para un objeto común. Pero Egipto no conocía estas divisiones; era un gran Estado cuyas partes todas tenían una vida semejante, porque no había para ellas más que una sola historia, como no había más que una existencia material. De Siene á Pelusio, todo era común, el bien y el mal, la carestía y la abundancia, porque el Nilo era el mismo para todos. También de Pelusio á Siene, era idéntica la organización política, porque los reyes y los sacerdotes habían extendido sobre todos su autoridad absoluta, como el río lo cubría todo anualmente con sus fecundantes aguas. Pero no había que temer nada de un pueblo amansado y dócil por veinte siglos de obediencia á un gobierno teocrático ó á dominadores extranjeros.

Polibio dice de los egipcios que eran inteligentes y sumisos á las leyes; testimonio aceptado por Estrabón, que los conocía muy bien. Poco les importaba el nombre de su señor, con tal que el Nilo subiera el día señalado por encima de sus márgenes, que no se murieran sus animales sagrados, que Serapis continuara en Cánope sus maravillosas curaciones y que pudieran ellos celebrar las fiestas de sus mil divinidades. En la de Serapis, de día y de noche cubrían las barcas el río y los canales, y todos se divertían en las orillas con canciones obscenas y danzas vergonzosas. De Alejandría á Cánope hay un camino de 120 estadios, que entonces se convertía en una calle ruidosa y alegre.

He aquí su gran negocio. El placer es su verdadero dios, su único culto. Pero Roma no piensa en quitárselo. ¿Por qué se dejarían dominar de un nuevo acceso de fiera altivez más bien griega que egipcia, después de todo, y por qué han de volver á la guerra alejandrina? Si la crecida del río no ha sido bastante copiosa, y amenaza el hambre, si el impuesto es excesivo, bien podrán murmurar y aun producir un tumulto; pero la presencia de algunos soldados disipará la más formidable sublevación. Toda la Tebaida sublevada temblará ante dos ó tres cohortes, y Petronio no habrá menester más que su guardia pretoriana para arrostrar la cólera desencadenada de toda Alejandría.

Que la vida les sea fácil y dulce y pasarán por delante de los majestuosos monumentos erigidos por sus padres sin recordar siquiera que han sido un gran pueblo. Los más instruidos de ellos apenas saben leer las inscripciones que refieren la antigua gloria de sus Faraones (2); ni aquellos sacerdotes de Heliópolis, de Tebas y de Menfis, cuya profunda ciencia interrogaban con respeto Pitágoras, Herodo-

(2) Galo, tercer gobernador de Egipto, visitó la tierra de las maravillas y no pudo hacerse explicar sus misterios (Estrabón XVII, 29). Es posible que Galo no entendiera al intérprete egipcio, ó que éste no se explicara á su satisfacción, porque Rosellini admite (*Mon. stor.* II, p. 455) que el uso de los jeroglíficos se conservó hasta Caracalla, lo menos, y M. Letrone acaso hasta el siglo VI (*Journal des Savants*, 1843, pág. 464).

to y Platón, son ya más que piadosos charlatanes, que han perdido el sentido de las cosas. Si un viajero curioso de ver de cerca este pueblo extraño, llega á Menfis no le explicarán el curso de los astros, ni la medida del cielo y de la tierra, ni los secretos de la creación; pero lo conducirán al templo de Apis. A la hora establecida, sale del santuario un buey negro con pintas blancas; se le suelta en el *pro-naos*, se le hace que dé algunos saltos, y después se le lleva otra vez á su establo: he aquí el dios y las doctrinas.

He aquí otro dios: el cocodrilo de Arsinoe. Pero dejemos hablar á un testigo ocular:

«Nuestro huésped, persona de consideración en el país, vino con nosotros al lago, trayendo de nuestra mesa un pastel, carne cocida y un tarro de aguamiel. Encontramos al reptil sagrado á la orilla del lago: los sacerdotes lo cogieron y unos le tenían la boca abierta, mientras otro le echaba, primero, el pastel, después la carne y en fin el aguamiel. Entonces saltó al lago el cocodrilo y pasó rápidamente á la orilla opuesta. Viniendo luego otro extranjero con su ofrenda, la tomaron los sacerdotes y corrieron á la otra orilla, y habiendo cogido al reptil, le hicieron tragar la ofrenda de la misma manera (1).»

Así, la gran religión de Isis, la deidad misteriosa, y del benéfico Osiris, había venido á ser un grosero fetichismo, cuyo ceremonial y liturgia eran esas orgías que el Oriente gusta de mezclar con la devoción popular. Sin embargo, la ciencia de los antiguos sacerdotes pasaba á través de la nueva envoltura que cubría á la antigua sociedad, y Estrabón muestra á los griegos haciendo traducir los libros del Egipto para explotar, sin decir nada, estos tesoros escondidos. En Alejandría estaba el gran taller de las traducciones y de los comentarios.

Este casamiento de dos civilizaciones tan diferentes se hacía también en otros puntos: en Menfis la mayor ciudad del reino, después de la capital, como ella poblada de gentes de todas las naciones, y que daba á los adoradores del buey Apis el extraño espectáculo de combates de toros; Tolemáida, ciudad enteramente griega, no menos importante que Menfis y cuya proximidad había acabado la ruina de Tebas, la ciudad de las cien puertas, por cada una de las cuales salían doscientos hombres con sus caballos y sus carros de guerra.

Para los griegos y los judíos, Egipto era un inmenso mercado adonde acudían; y para los nómadas de los desiertos de Africa y de Arabia, un oasis de verdura y de agua donde diariamente se detenían algunos de ellos. En Coptos, dice Estrabón, había tantos árabes como egipcios. Volvía pues á empezar la mezcla que se efectuara en el origen de la sociedad egipcia; pero no iban á salir de ella las maravillas que habían señalado la antigua civilización de este país. Entonces había sido la tierra más fuerte que los hombres y esta primera cultura en una región, á que no se parece ninguna otra del mundo, había tomado un carácter único.

Hoy la mano de Roma es demasiado pesada, y demasiado poderoso el soplo del espíritu griego para que el viejo Egipto resista á la doble acción bajo la cual caen las barreras que abrigan la independencia de las naciones y la originalidad de las instituciones, de las costumbres y de las creencias. Egipto, más que ningún otro país, perderá en ello; pero será en provecho del mundo.

Cirenaica y Africa romana. — Alejandría está al extremo occidental de Egipto: aquí acaba el Delta y comienza el

(1) Strab. XVII, p. 811.

desierto. Desde la isla de Faro hasta el promontorio de Cartago, en un desarrollo de costas de 750 leguas, apenas encontraban un puerto los navegantes. El Africa es tan temible para el viajero en estas costas, como en sus áridos desiertos. No es que el Sahara llegue por todas partes á la mar: alrededor de este océano de arena, que ocupa el centro del Africa septentrional, se extiende una inmensa meseta ó planicie, el Atlas, que por su vegetación, algunos de sus animales y su clima, tiene más de la naturaleza del Sur de Italia y de España que de la de Africa propiamente dicha. Si las cimas que dominan esta meseta no son bastante altas para tener ventisqueros, la nieve y los fríos rigurosos no son allí raros.

Esta meseta tiene dos ramas, una que desciende al Sahara, y es el comienzo del desierto, el *Bled-el-Djerid*, el país de los dátiles, donde los ganados encuentran aún agua y pastos para multiplicarse; y la otra que va al Mediterráneo, es el Tell, la llanura del trigo, la región de las ciudades y de los puertos. El Tell no toca tampoco por todas partes á la mar; está separado de ella por un rodete de montañas, que forman una escarpada costa, donde se estrellan las olas con furor; á largos trechos se entreabren estos montes dando lugar á valles regados por un río, cuyo curso sin profundidad ni permanencia no se presta por desgracia á la navegación.

A estas tres zonas responden tres clases de habitantes: los nómadas del *Bled-el-Djerid*, mantenidos en la dependencia del Tell para su aprovisionamiento de granos, los bérberes ó kábilas de la meseta, raza aparte, de formas atléticas, industriosa, brava y pacífica, mientras no se toque á su independencia; en fin, el labrador del Tell y los habitantes sedentarios del interior y de la costa.

Situados estos enfrente de Europa, han estado siempre en relaciones con ella por el comercio ó la piratería, por la conquista ó la invasión. Estas tres regiones como estas tres poblaciones, son bien distintas en Marruecos, en Argel y en Túnez. Aquí ya se confunden; en la regencia de Trípoli, el Sahara penetra hasta el mar. Fuera de algunos islotes de verdura, no hay ya, desde la Pequeña Sirte hasta Egipto, más que el imperio de Tifón, el océano de las arenas.

En esta larga costa, en que la mar y la tierra son igualmente inhospitalarias, la una á causa de sus bancos, la otra por sus arenas movedizas, se indica sólo el camino por montones de piedras puestas á largos intervalos: cada peregrino que pasa añade la suya, viniendo á ser así los faros del desierto.

Un maravilloso espectáculo espera, sin embargo, al viajero al salir de las pavorosas soledades de Paretonio ó de la Gran Sirte, una de las regiones más desoladas de la tierra. El suelo que desde lejos se confundía con el nivel del Mediterráneo, se eleva hasta 500 metros de altura media, y la planicie de Barca, la antigua Cirenaica, avanza en el mar como un largo y alto promontorio, cargado de seculares bosques y cortado por frescos valles, donde corre el agua por todas partes. Ruinas innumerables y grandiosas que llevan el doble sello del Egipto y de la Grecia, restos de castillos orgullosamente posados en las alturas (2) y

(2) No hay ninguna cima, dice Ritter (t. III, p. 238, trad. franc.) que no esté coronada de ruinas de un antiquísimo castillo ó de un fuerte; ningún fuerte que no esté rodeado de fosos abiertos en la roca, y de construcciones notables practicadas en el interior de la montaña. Cirene está á 540 metros sobre el nivel del mar, asentada sobre colinas que descienden en escalones sucesivos hasta el puerto. Su territorio ofrece una vegetación vigorosa, gracias á las lluvias periódicas, que justifican el dicho de los libios de *cielo agujereado*. Teniendo la Cire-

vías aun surcadas de profundos carriles que hicieran los antiguos carros, atestiguan la prosperidad de aquella fecunda tierra, el Jardín de los Hespérides.

Arsinoe, Tolemáida, Cirene están todavía allí cubriendo espacios inmensos, pero silenciosas y desiertas, pues ya sólo el errante beduino va á beber á la sagrada fuente, á cuya orilla escribía Calímaco sus himnos á Apolo y á Palas. Como esas ciudades petrificadas que los árabes dicen haber visto en el desierto, la vida se ha retirado de ellas completamente, y el viajero las encuentra envueltas en sus murallas como en un sudario de piedra. Espectáculo lleno de grandeza y de melancolía á la vez, que sólo el Oriente puede ofrecer, porque es el primogénito del mundo y ha visto pasar tantos imperios, como siglos de existencia cuenta nuestra joven Europa.

Estas antiguas ruinas ocultan otras, y reposan en un suelo que había pisado una población civilizada antes del arribo de los griegos. Los monumentos tienen inscripciones en caracteres desconocidos, último vestigio sin duda de una población indígena, abierta como una flor en aquel oasis africano.

La Cirenaica, país de montañas, de fuentes y de bosques, pero sin río, se asemeja sin embargo á Egipto por su fertilidad y aislamiento. Como el valle del Nilo, está rodeada de espantables desiertos y sólo es accesible por dos ó tres puntos del lado del Mediterráneo. Aquí no era el trigo el principal objeto de cambio, sino el laserpicio (*silphium*) exportado por todo el imperio, las esencias de rosa y azahar, el aceite, el mejor que hubiera en el mundo, y sobre todo, el vino; así Baco estaba allí en grande honor: á cada paso se encuentran ruinas ó vestigios de sus templos. Añádanse los productos de la industria de las cinco grandes ciudades de Berenice, Arsinoe, Tolemáida, Apolonia y Cirene, que rivalizaban en riqueza y lujo con las ciudades griegas de la Jonia. La molición de los cireneses había llegado á ser proverbial: allí era donde la filosofía debía decir por última palabra: «la felicidad está en el placer.»

El testamento de su último rey había entregado esta bella región á los romanos, los cuales tenían tantas otras, que hasta entonces casi no habían hecho caso de aquella apartada posesión. Los emperadores se preocuparon más de esto, y bellas ruinas romanas atestiguan su solicitud.

La Gran Sirte que toca á la Cirenaica es como el campo de batalla de la mar y del Sahara: las olas de la una impelidas durante nueve meses por los vientos del Norte, luchan aquí con las arenas del otro, y la playa no ofrece más que una alternativa de dunas móviles, de saladares y llanuras cubiertas de una capa de sal de tres ó cuatro pulgadas de espesor.

El golfo no es más seguro para las embarcaciones que la costa para las caravanas; la corriente que lleva las aguas al Este se rompe contra la meseta de Barca y es rechazada en mil direcciones que causan una agitación violenta y peligrosa. Los cireneos y los cartagineses se habían disputado, sin embargo, esta región, y en ella se edificaron algunas ciudades; pero la caída de Cartago y la supresión del gran comercio que hacía por este país con el interior de Africa trajeron su decadencia. El imperio les dará muy pronto una prosperidad que durará tanto como él mismo.

El Africa tiene siempre ó una maravillosa riqueza ó una

naica por la elevación de sus montañas gran diversidad de climas, tenía también gran diversidad de productos. Allí se cosechaba durante ocho meses del año, y el aceite, el vino y el trigo eran los principales productos, además del laserpicio (*silphium*), cuyas hojas eran buenas para el ganado, como el tallo para los hombres.

espantosa esterilidad. Entre la Grande y la Pequeña Sirte reaparece el suelo fértil por aquí y por allá: los alrededores de Leptis, la Grande, y el valle del Cinipe, producían, según Herodoto, 300 por 1. Así vino á ser Leptis una importante ciudad: sus ruinas cubren una extensión de tres millas de longitud por dos de latitud. Después de esta plaza, sólo nombra Estrabón algunas ciudades que conservaban la industria del tinte de la púrpura, último resto de la civilización fenicia, otro de cuyos vestigios, el idioma púnico, subsistirá largo tiempo.

Nuestro geógrafo habla también de un gran puerto en el fondo de la Pequeña Sirte. En esta parte se encuentra hoy la ciudad de Cabes, que no cuenta menos de treinta mil almas.

Aislada por el mar y las arenas, la región de las Sirtes había quedado, hasta las últimas guerras, separada del mundo romano por la Numidia, de que no quiso el senado hacer una provincia. Una inexplicable reserva había detenido efectivamente en Africa los progresos de la colonización romana. Para ir á este continente hubieron de embarcarse las primeras legiones que salieron de Italia: hacía de esto dos siglos, y bien que hubieran vuelto otras tres veces con los dos Escipiones y con Mario, no se establecieron allí sino escaso número de colonos y comerciantes italianos, mientras iban multitudes á España, á Galia y al Asia. Verdaderamente Roma no poseía allí en otro tiempo más que un rincón de tierra, la antigua Africa cartaginesa; y todavía hubo de compartirla generosamente con los reyes de Numidia.

Este reino, dividido á la muerte de Yugurta, fué de nuevo reintegrado, y en tiempo de Yuba se extendía, á través de fértiles regiones, desde el Amsaga al mar de las Sirtes. De esta manera cubría la provincia contra las incursiones de los nómadas; pero también la envolvía de una manera peligrosa. Bien lo probó el mismo Yuba durante la campaña de César en Africa. Sin embargo, no se descuidó en sus precauciones ordinarias. Por la parte del mar de las Sirtes, muchas ciudades libres, Tapso, Leptis Minor, Achula, Usila, Teudalis, acaso Adrumeto, eran como otros tantos puertos abiertos sobre la Numidia. Por aquí había entrado César. Mario, su tío, le había preparado otros auxiliares, Los gétulos, llamados por Estrabón el más grande de los pueblos libios, los que armaban sus tiendas en la vertiente meridional del Atlas, estaban en la dependencia de los reyes nómadas por el aprovisionamiento de granos; pero no sin repugnancia sufrían esta dependencia, y Mario, dejando subsistir la Numidia, había tenido buen cuidado de crear entre estos nómadas establecidos en los flancos del reino, relaciones é inteligencias, de que Roma pudiera aprovecharse en caso de necesidad. Muchos gétulos habían venido á ser sus clientes, ó habían recibido el título de ciudadanos romanos. Despertando César estos recuerdos, arrastró á la nación entera, y la diversión hecha por este pueblo ayudó mucho á la derrota de los pompeyanos.

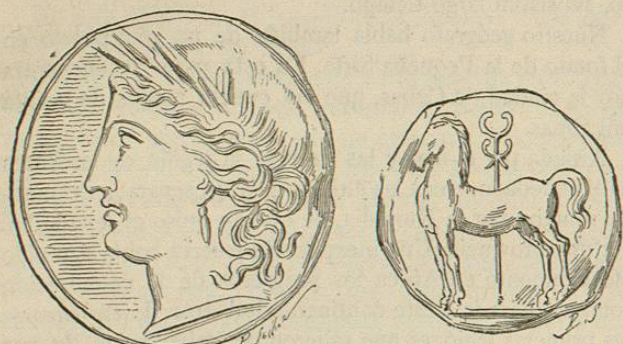
La batalla de Tapso trajo la reducción á provincia de toda la Numidia y de una parte del país de los gétulos. Algunos años después, habiendo tomado partido por Antonio uno de los reyes moros, Bogud, Octavio adjudicó sus Estados, la Mauritania Tingitana, á los del otro príncipe, dueño ya de la Mauritania Cesariana; y á la muerte de éste, el año 33, lo agregó todo al dominio de la república.

De este modo, el Africa septentrional cambió de aspecto en el espacio de algunos años; y extendiéndose sobre ella la misma influencia desde Alejandría á Tánger, iba á llevar la vida á aquellas desoladas costas. Reedificada ya por

César y colonizada por Augusto, volvía á ser Cartago una ciudad floreciente.

En el interior de la Numidia, una ciudad eclipsaba á las demás, y no podía llamarse ya una ciudad bárbara, Cirta, adonde Micipsa había llamado colonos griegos y que dió César á sus aventureros italianos.

Tánger, *Tingis*, que tenía la pretensión de poseer el escudo de Anteo de cuero de elefante, acababa de recibir de Octavio el derecho *civitatis*. Pero la Mauritania, situada



Moneda de Cartago romana (1)

Moneda de Micipsa (2)

á su espalda, era poco conocida, aunque se alababan sus ríos y su fertilidad, sus viñas que daban racimos de un co-do de largos, sus árboles con que se hacían mesas de una sola pieza, con vetas de los más bellos colores (3), y sus caballos más rápidos que el viento.

Un comercio bastante extenso, establecido, á lo que parece, con el interior de Africa, importaba sin duda á la Mauritania polvo de oro, porque nuestro geógrafo pondera su riqueza, que no podía menos de atraer á la población romana, á pesar de la proximidad del desierto y de sus hor-das amenazadoras.

¿Qué pueblos eran estos? Luego que la civilización griega hubo penetrado entre los nómadas, los nuevos eruditos de este pueblo tuvieron á bien darse un ilustre origen. No podían ser griegos ni romanos, y se sirvieron de un vago

recuerdo, guardado á través de las edades, de las colonias venidas de Oriente y de las fabulosas aventuras del Hércules tiro, para ligarse á lo más ilustre del mundo, fuera de Roma y Grecia, á la Persia.

Salustio, que se hizo explicar sus libros, halló en ellos que los nómadas tenían por padres á los persas compañeros del héroe. Cuando la religión cristiana penetró á su vez en aquellas comarcas, resonaron allí naturalmente algunos ecos de las tradiciones bíblicas, y los moros vinieron á ser cananeos expulsados por Josué de la Palestina.

Herodoto es más sencillo y está sin duda más cerca de la verdad: no conoce en Africa más que dos pueblos indígenas, los libios y los etíopes, y dos pueblos extranjeros, los griegos y los fenicios. La persistente tradición de las grandes migraciones venidas del Asia, y la existencia, desde el Egipto hasta los extremos del Atlas, de una misma lengua, que no deja de tener analogía con los idiomas semíticos, nos ha mostrado ya que un gran pueblo hubo de extenderse en esta dirección por el continente africano. El largo espacio que cubrió lo obligó á dividirse en tribus, y la diferencia de los lugares en que estas tribus se establecieron, trajo la diferencia de costumbres.

Las dos razas extranjeras, los griegos y los fenicios, están ahora sometidos á Roma. La raza negra se le escapa y se le escapará siempre, pero se encuentra en frente de los libios, que en la Zeugitana y la Bizacena (Bizacio) se amoldaron al yugo de Cartago, y en la Numidia comenzaron á serlo por sus reyes, atraídos de un siglo atrás á la civilización romana. Si la república no chocó en estos pueblos con el grande obstáculo de la oposición religiosa, encontró tal oposición de costumbres que Augusto juzgará lo más prudente abandonar el gobierno de aquellos países á príncipes indígenas para que funden ciudades que hagan la ocupación más fácil, para que llamen el comercio, las letras y las artes que creen intereses favorables á la dominación extranjera, para que, en una palabra, preparen aquellos pueblos incultos á recibir la acción directa de Roma.

CAPÍTULO LXIII

PAISES ALIADOS Ó TRIBUTARIOS Y PUEBLOS INMEDIATOS Á LAS FRONTERAS

I. - DEL GOBIERNO POR LOS INDÍGENAS.

No eran las provincias las únicas posesiones de la república, como quiera que Roma, con diferentes títulos dominaba en vastas regiones que se llamaban países aliados, porque se les había dejado con máscara de independencia una mentida ó dudosa libertad, *regiones dubie libertatis*.

Hablando de los reyes que habían conservado su cetro en la alianza de Roma, llámalos Tácito en su gran estilo: *vetus servitutis instrumentum*. Pero Estrabón dice con más sencillez: «De todos los países que forman el imperio romano, unos están gobernados por reyes; los demás, con el nombre de provincias, se administran directamente por los

(1) Cabeza de Ceres.

(2) Caballo á la izquierda; en el fondo un cetro. Moneda de bronce de Micipsa.

(3) En el Atlas se encontraba el cidro (*thuya articulata*) que suministraba estas mesas vendidas en Roma á un precio fabuloso. Cicerón dió por una 210,000 francos, y los Cetegos tenían otra de 290,000 (Plin. *Hist. nat.* XIII, 29).

romanos. Hay también ciudades libres; y en otros países finalmente gobiernan dinastas, filarcas, sacerdotes, reconociendo todos la soberanía de la república, bien que vivan conforme á sus leyes.»

Estos príncipes extranjeros, estos magistrados de ciudades libres, estos jefes nacionales que se hacían ministros de Roma, daban fuerza á su imperio, sin aumentar sus gastos, lo que satisfacía á la vez su codicia y su orgullo.

El senado no era amigo de grandes ejércitos ni de muchos funcionarios. Teniendo que reprimir y defender sesenta millones de hombres, con algunos millares de soldados y algunos centenares de agentes, había gobernado en lo posible por medio de los indígenas. Y no obraba sino muy cuerdamente, porque el pueblo romano en medio de las naciones sujetas, era una imperceptible minoría; y era preciso no gastar esta débil minoría á fuerza de hacerla servir.

No era este sistema, como Tácito lo da á entender, odiosa astucia, sino prudencia, sabiduría política: el mismo historiador dice en otro lugar: «Se devolvió á los rodios la libertad, que con frecuencia se les había quitado ó confir-

mado, según que habían merecido bien de Roma por sus servicios ó comprometido la paz pública con sus discordias intestinas.» Roma, por otra parte, dueña incontestable del mundo, se veía en la necesidad de valerse de combinaciones maquiavélicas, como en los días de su flaqueza. Estos reyes que nombraba no regían sino poblaciones dóciles y poco numerosas y á una sola palabra de ella caerían sin excitar un murmullo, pues como es harto sabido, no eran más que procónsules romanos (1). Como había dejado sus leyes á las repúblicas de Grecia, dejaba sus jefes naturales á los pueblos habituados á la autoridad de un rey ó de un sacerdote, sobre todo á las tribus nómadas, que no tenían ciudades por donde Roma pudiera sujetarlas; pero reyes, pueblos ó ciudades, todos sabían que tenían un soberano á orillas del Tíber. El año 29, Antíoco rey de la Comágene, asesina á un diputado que su hermano enviaba á Roma: fué citado ante el senado, que lo condenó á la última pena, y Augusto lo hizo ejecutar.

Todo el imperio de Roma estaba pues así dividido: á una parte, los países directamente gobernados; á otra, los que hacía administrar por medio de los nacionales. Los primeros eran las regiones, como España y Galia, donde los vencedores no habían encontrado, en medio de tantos Estados bárbaros, un gobierno local bastante fuerte para responderles de la sumisión del país. Aquí se habían visto obligados á hacer por sí mismos sus negocios, á organizar la administración, á abrir caminos, á fundar ciudades, etc. En la Grecia de Europa y de Asia, continuaron hablando de la libertad helénica, mentira que tanto les había servido; y para ahorrarse el enojo de una intervención continua en medio de poblaciones quisquillosas y locuaces, hallaron cómodo dejar su autonomía á gran número de ciudades, á pesar de la erección de los países en provincias.

Más lejos, hacia la Armenia y el Eufrates, había que hacer la policía de las fronteras; y ¿quién mejor podía encargarse de esto que los gobernadores indígenas? Por las rudas lecciones de Sila y de Lúculo, de Pompeyo y de César, estos príncipes habían aprendido cuál era la fuerza de Roma y cuál su propia flaqueza y aceptaban su papel con resignación; y como poco más ó menos se les dejaba la herencia (2), consideraban su reino como un patrimonio y tenían interés en mantener el orden y la seguridad vigilando por Roma los movimientos de las naciones vecinas.

Reyes y dinastas de Tracia y del Asia Menor. — En Tracia comenzaban los reyes aliados. En las guerras civiles de Ro-

(1) Algunos de estos reyes se decían *procuradores* del pueblo romano (Salustio, *Bell. Jugurt.* 14). El rey Cottio se llama en sus inscripciones *praefectus civitatum*.

(2) Salvo el consentimiento del senado y más tarde el del emperador, Joséfo, *Ant. Jud.* XVI, 9, 4). Solían pagar un tributo y en caso de guerra debían dar un contingente de soldados (Salustio, *Bell. Jugurt.* 31; Ap. *Bell. civ.* V, 75; Cic. *ad Attic.* II, 16). La historia de Herodes, referida minuciosamente por Joséfo, muestra cuál era la condición de estos reyes. No tenían el derecho de hacer la guerra ni de disponer de su sucesión sin permiso del emperador; y el juramento de fidelidad que les prestaba el pueblo, contenía otro de fidelidad al emperador. Véase en prueba la expedición contra la Traconitis, el juicio de los dos hijos de Herodes, la asamblea de Beriti, y para el juramento de fidelidad al emperador, *Antiq. Jud.* XVII, 2, 4. Léanse en el libro XIX, 8, las duras palabras del gobernador Marso á los seis reyes que salieron á recibirlo. Estos reinos independientes estaban considerados como parte integrante del imperio, como las ciudades libres; y cuando el emperador ordenaba un censo, se contaban sus habitantes (Evang. S. Luc. cap. II, 1). Los reyes judíos sólo acuñaban moneda de cobre (Cavedoni, *Numism. bíblica*, Módena, 1850, p. 52). Los reyes de la Tracia y del Bósforo acuñaban moneda de plata. Ninguno de estos reyes tenía derecho ni autorización para acuñar moneda de oro.

ma, se habían repartido prudentemente entre las dos facciones, á fin de que el amigo del vencedor salvara al del vencido. Rescúporis había servido á Bruto, y su hermano Resco á los triunviros, que perdonaron al primero en favor y á instancias del segundo.

Estas relaciones introducían en el país algunos hábitos romanos; pero los tracios no eran menos bárbaros á pesar de los versos latinos de Cotis (3); y en el Hemo habitaban pueblos miserables y feroces, que debían á sus continuas y violentas correrías el mal nombre de bandidos. Los colores con que Herodoto y Tucídides pintaban á estos pueblos cuatro siglos antes, eran aún verdaderos, porque Tácito emplea los mismos que ellos. Pintábanse, pues, el cuerpo,



Rescúporis (4)



Ariobarzanes III,
rey de Capadocia



Ariarato V.

compraban sus mujeres y á menudo vendían sus hijos, Tenían por cosa indigna de un guerrero labrar la tierra, y no conocían más recursos que la guerra y el robo. Inmolvaban víctimas humanas á su dios, llamado Hermes por los griegos, y el santuario de otra de sus divinidades se alzaba en el centro de un profundo bosque en la más alta cima del Ródope. Semejantes costumbres no hacen á los pueblos numerosos ni fuertes.

La Tracia, mal poblada, es todavía un embarazo, pero no un peligro. Cuando los pueblos bárbaros degeneran cuando pierden su fiera energía, su caída es más rápida, más irremediable que cuando se trata de pueblos civilizados. Los tracios de Tucídides eran terribles; los de Tácito no son más que miserables.

En Asia, más de la mitad de los dominios de la república habían conservado jefes nacionales. La Capadocia, gran llanura helada en el invierno, abrasada en el verano, pantanosa en algunos puntos, y en mucha parte salitrosa, impregnada de sustancias contrarias á la vegetación, era sin embargo rica en granos, pero muy pobre de bosques y árboles frutales. Carecía de ciudades y por consiguiente de industria, y en cambio tenía muchos castillos donde los reyes, sus amigos y los nobles mantenían en su obediencia á una población pesada, sin energía, tan mal reputada en Roma como lo estuvo ya en Atenas en tiempo de Aristófanes, y que había escandalizado grandemente á los romanos rehusando la libertad que en otro tiempo le ofreciera el senado. Sus reyes, que en sus monedas se llamaban amigos de los romanos, *φίλορωμαίος*, no empleaban, sin embargo, con ella una autoridad muy paternal. Cuando sus rentas bajaban, hacían la trata de sus súbditos para cubrir el déficit.

Uno de los últimos, el hermano de aquel Ariobarza-

(3) Ovidio, *Pont.* II, 9.

(4) De una moneda del gabinete de Francia. Cabeza descubierta é imberbe de Rescúporis I; detrás un monograma; debajo la fecha H K T.